

—Llévaoelo—continuó Doña Juana—porque esa lectura es larga y requiere tiempo y recogimiento: no os fijo plazo para que la termineis, pero procurad apresuraros; muchos han escrito en ese libro que no ven ya la luz.

Don Leonel guardó en su seno la cajita, y tomó su sombrero.

—¿Os retirais?

—Sí, señora; ardo en deseos de conocer esta historia que tanto me interesa, y cada momento me parece un año.

—Bien, seguidme.

Doña Juana sacó á Don Leonel de la biblioteca.

En la sala esperaba aún Esperanza.

Don Leonel oprimió la mano de su prometida con efusion, y salió de la «casa colorada» estrechando contra su seno la cajita de ébano, y en su mano derecha la culata de uno de sus pistoletes.

XIII.

Cómo es muy cierto aquello de que "el hombre pone y Dios dispone."

EN el momento en que Don Leonel llamaba á la puerta de su casa, otro hombre llegaba por el lado opuesto de la calle.

—¿Leonel?—dijo el que llegaba.

—Hermano—contestó el jóven reconociendo al Padre Salazar.

—Dios te envia en el momento en que mas te necesitaba.

—¿Qué ocurre pues?—preguntó Don Leonel, contrariado en su determinacion de encerrarse aquella noche á leer el libro de Doña Juana.

—Cosas muy graves.

—¿Muy graves? Explicáte.

—No es este lugar á propósito.

—Pues vamos entonces á tus habitaciones.

—Tampoco, porque los criados ó mi padre podrian sospechar alguna cosa.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Que vengas conmigo en este momento, pues solo por hablar contigo y para llevarte he venido.

Don Leonel reflexionó un momento.

—¿Vacilas?—dijo el Padre, comenzando ya á impacientarse.

—No, hermano, pensaba en subir un instante á dejar en mi habitacion unos papeles.....

—Considera que si te vieran entrar y volver á salir inmediatamente, sospecharian. Y que además, puedes encontrar á mi padre, lo que seria para tí motivo de perder por lo menos media hora: lleva contigo los papeles, y si son muchos y te molestan, yo te ayudaré á cargarlos.

—Vamos, dijo Don Leonel resueltamente.

Y sin perder un momento el Padre, emprendió la marcha para la calle de Ixtapalapa.

Don Leonel era un valiente, y sin embargo, aquella noche tenia miedo: la responsabilidad de llevar consigo aquellos papeles de Doña Juana le hacia temer, y en cada esquina sacaba instintivamente la pistola.

Tan preocupados iban, que no advirtieron hasta estar muy cerca de ellos, á una dama envuelta en su velo y un galan que la acompañaba, que se estaban parados en una puerta enfrente de la casa de Don Pedro de Mejía y en una de las primeras cuadras de la misma calle de Ixtapalapa.

Al acercarse los dos hermanos, la dama y su galan, que esperaban sin duda á álguien, tuvieron el siguiente diálogo en voz tan alta, que los dos hermanos le escucharon:

—Allí vienen ya—dijo la dama.

—Ellos deben ser—contestó el hombre abriendo un pequeño zaguan que estaba por dentro escasamente iluminado, y haciendo seña á la dama para que entrase.

En este momento llegaban Don Leonel y su hermano.

—¿Don Alonso?—dijo desde adentro la dama.

El Padre Salazar, que llevaba tambien ese nombre, se detuvo.

—Venid—continuó la dama—ya os esperaba, entrad.

El Padre Salazar no comprendia lo que le pasaba. Don Leonel, al escuchar la voz dulce de aquella mujer y al mirar la turbacion de su hermano, creyó que habia sorprendido sin querer una intriga amorosa. Un soldado es disculpable de formar un juicio temerario.

El Padre seguia perplejo, y Don Leonel lo atribuyó á que su presencia era importuna, y así es que acercándose á su hermano, le dijo en voz baja:

—Ea, ¿qué te detiene? Entra, hermano, y te iré á esperar á la casa del Cristo, ó te guardaré la espalda aquí.

El Padre miró á su hermano con enojo, pero la noche estaba oscura y la dama volvió á decir ya con cierta impaciencia:

—Don Alonso, ¿teneis miedo? Entrad.

El Padre Salazar atravesó la distancia que le separaba de la dama, y se acercó á ella quitándose el sombrero al pié del farolillo que alumbraba el patio, de modo que la luz bañó enteramente su rostro y su cabeza tonsurada.

—Aquí me teneis, señora—la dijo;—¿qué me ordenais?

La dama, que lo desconoció, inmediatamente lanzó un grito echándose atrás, y el hombre que la acompañaba se interpuso entre ella y el Padre poniendo mano á la espada, en el momento mismo en que un hombre que venia por la calle y que escuchó el grito, se lanzó al zaguan desnudando tambien la espada.

Don Leonel, que se habia quedado de pié cerca de la puerta, advirtió todo, y se entró tras de aquel hombre, á quien no pudo impedir el paso, con la espada tambien en la mano y dispuesto á defender á toda costa al Padre, á quien creia en inminente peligro.

El hombre que entró de la calle, al escuchar el grito de

la dama dejó caer su embozo, y Don Leonel, aunque tenia pocos dias de vivir en México, pudo reconocer á Don Alonso de Rivera.

Entonces se explicó todo.

Don Alonso, al mirar delante de la dama á un eclesiástico con el sombrero en la mano, bajó el estoque.

Don Leonel le imitó.

La dama se acercó á Rivera, y casi temblando le dijo:

—Don Alonso; pasaban dos personas: creí que una de ellas érais vos, y llamé por vuestro nombre, y este Padre se ha entrado aquí.

—Razon tuvo—dijo tranquilamente Rivera—que el señor llámase Don Alonso de Salazar, persona de muy alto respeto en México por sus virtudes y saber.

El Padre hizo una cortesía, y Don Leonel sonriendo envainó la espada.

—Buenas noches—dijo el Padre saliendo.

—Dios os guarde, mi Padre—contestó Don Alonso saludando.

El zaguan se cerró, y Don Leonel riendo y el Padre medio mohino siguieron para la casa del Cristo.

En todo esto se habia perdido mucho tiempo, y cuando ambos llegaron á la casa del Cristo, eran las once de la noche.

Habia ya esperándolos como una docena de personas.

Don Leonel y su hermano tomaron asiento.

—¿Sabeis—dijo el Padre dirigiéndose á los demás—por qué razon os he mandado citar?

—No—contestaron todos.

—Es porque hemos sido denunciados al virey por medio de un anónimo.

Un movimiento de sorpresa circuló entre los concurrentes.

—Pero aun no se ha perdido todo—continuó el Padre;—

el virey sabe que se conspira, pero aun no conoce á las personas ni el objeto de esa conspiracion; sabe que el dia 5 debe haber un tumulto, pero ignora quiénes lo harán: tengo tomadas mis medidas, y creo poderos asegurar que el virey y el visitador quedarán completamente desorientados. Sin embargo, el aviso los ha preparado y quiero consultaros si será conveniente suspender ó precipitar el golpe; hablad vosotros y luego me dareis vuestro parecer.

Aquel debia ser el modo de tratar allí los negocios, porque inmediatamente que el Padre acabó de hablar, todos los que habia en el salon se reunieron en diversos grupos y comenzaron á discutir con acaloramiento.

Sonó entonces un golpe en la puerta, se dió la contraseña, y un sacerdote con los ojos bajos y un aire de mansedumbre evangélica capaz de edificar á un hereje, entró en el salon saludando humildemente; nadie le conocia, pero él conocia sin duda los usos de la casa, porque sin preguntar se dirigió á la plataforma en que estaban Don Leonel y el Padre, subió á ella, acercó un sitial y se sentó cerca de los hermanos, colocando en el suelo su sombrero y diciendo sencillamente:

—Buenos dias.

Por esta vez ya Don Alonso de Salazar reconoció á Martin; á fuerza de tratarle habia llegado á conocerle en sus mismos disfraces.

—¿Qué hay de nuevo, Martin?—le preguntó.

—En todo salimos perfectamente—contestó Garatuza;—el virey y el visitador han caído en el lazo, y creo que se desatará la persecucion contra los comprometidos en el negocio del de Gelvez; pero como se tomarán serias providencias para impedir un alboroto el dia 5, supongo que seria muy bueno alargar el plazo.

—De eso se trata: siéntate allá abajo, escucha, y cuando termine la reunion hablaremos.

Garatuza descendió de la plataforma, el Padre agitó una campanilla y todos volvieron á sus asientos en el mayor silencio.

—Supongo—dijo el Padre—que todos habreis ya pensado lo que conviene hacer.

—Sí, hermano—contestó uno de los que estaban entre la reunion—todos hemos opinado porque se difiera el golpe, á excepcion del hermano Salmeron, que pretende que debe llevarse todo adelante y tal como estaba acordado de antemano.

—¿Y qué razones alega Don Baltasar de Salmeron?—preguntó el Padre Salazar.

Púsose en pié un hombre viejo, alto, rubio, cargado de hombros, enjuto de carnes, con la nariz corva, la barba espesa y la mirada siempre baja.

Vestia de negro, y no llevaba mas alhaja que una gruesa cadena de plata en el cuello.

—Lo que me obliga á decir que no se suspenda lo acordado—dijo—es que si hoy se ha descubierto una parte de nuestros trabajos, mañana serán sabidos todos, y entonces sí no habrá remedio; la vacilacion nos perderia.

—Si es ese solo vuestro temor—dijo el Padre—podeis desecharle, que entre nosotros no hay traidores.

—Es que ya hay un mal síntoma.

—¿Cuál?

—Se ha hecho la primera denuncia y es preciso estar alerta: yo no sospecharé de ninguno de mis hermanos; pero bajo de la desconfianza vive la seguridad: yo lo hago advertir á tiempo.

Garatuza fijó en el orador sus ojos vivos y penetrantes, y dijo entre sí:

—Este no me gusta.

—Pues queda resuelto—dijo el Padre Salazar;—se suspende el movimiento hasta saber qué giro toman las cosas: avisad á todos los hermanos.

Todos hicieron una señal de aprobacion, y comenzaron á desocupar el salon.

Solo Martin se quedó sentado esperando que acabaran de salir.

Cuando estuvo solo con los dos hermanos, volvió á subir á la plataforma.

—¿Has oído?—le dijo el Padre.

—Y muy bien que me parece.

—Es preciso que salgas mañana mismo para Acapulco, llevando despachos é instrucciones para el príncipe.

—¿Es preciso que sea mañana?

—Sí. ¿Tienes algun inconveniente?

—Uno solo.

—¿Cuál es?

—Desearia ver qué providencias piensan dictar el virey y el visitador, que para nosotros es una noticia de mucha importancia.

—Tienes razon. Entonces ¿cuándo podrás marchar?

—Pasado mañana estaré listo.

—Bien, mañana en la noche estarás aquí.

Martin saludó y salió de la casa, diciendo:

—Es preciso pensar algo mas en mí: vamos á mi casita.